



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Leopoldo Zea, incitador de América

Autor: Fernández Retamar, Roberto

Forma sugerida de citar: Fernández, R. (1998). Leopoldo Zea, incitador de América. *Cuadernos Americanos*, 2(68), 79-85.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 68, (marzo-abril de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Leopoldo Zea, incitador de América

Por Roberto FERNÁNDEZ RETAMAR

Casa de las Américas, Cuba

NO ES ÉSTA la primera ocasión en que mi Alma Mater me honra solicitándome hablar del querido y admirado Leopoldo Zea. Hace unos años, también a la carrera, ya me pidió hacerlo. Inevitablemente, voy a repetir algunas de las cosas que entonces dije, así como de las que en distintas ocasiones escribí sobre él, aunque trataré de que sean las menos. Por suerte para ustedes, las pronunciadas en esta Universidad las improvisé: sólo quedaron en mi memoria, y aun así de modo muy parcial. Una, sin embargo, la recuerdo bien. Dije que, al igual que Unamuno había sido llamado “Incitator Hispaniae”, Zea merecía ser tenido como “Incitador de América”: de nuestra América. Ése es, sin duda, el signo esencial de su enorme y fecunda tarea intelectual.

El abundante número de sus libros y ensayos sueltos, y el área que ellos cubren, no impiden señalar ese signo como centro unificador de su tarea. Pues la existencia de tal centro está lejos de contradecir el hecho evidente de que un verdadero pensamiento necesita ir enriqueciéndose: pero se enriquece creciendo cada vez más hacia la plenitud de sí mismo. Creo que a esto apuntaban las palabras que nuestro José Antonio Portuondo envió a Zea, al arribar él, hace un lustro, a lo que el cubano llamó con su habitual humor el “club de los ochentones”. Le escribió entonces Portuondo:

Tus obras revelan un desarrollo ascendente desde los días iniciales en que el Maestro José Gaos veía ya en ti al más agudo... de sus discípulos y tú comenzabas tu estupenda cruzada por el rescate de la conciencia nacional, primero, y luego por nuestro maltratado continente hispanoamericano, aglutinando... una generación de pensadores de... los países de nuestro hemisferio. Todos hemos visto en ti un certero orientador y un hermano sagaz y constante. Y nada más alentador que tu persistencia en la defensa de nuestra identidad cultural que... pelea contra la “guerra sucia” que tú mismo has desenmascarado.

En sus líneas, tan escasas como incisivas, Portuondo sintetiza varios aspectos básicos de la labor de Zea: en primer lugar, su filiación con respecto al maestro José Gaos; en segundo lugar, la

labor escrita de Zea, que va del "rescate de la conciencia nacional", al de la de "nuestro maltratado continente" "la defensa de nuestra identidad cultural"; y en tercer lugar, su empeño en aglutinar a una generación (en realidad, a varias) de pensadores de nuestro Hemisferio. Aunque a menudo es harto difícil deslindar estos aspectos, por razones de claridad voy a considerarlos de modo separado.

La presencia de Gaos en México remite a la tragedia de la llamada guerra civil que descuajó de España a una parte considerable de su pueblo, incluyendo a muchísimos de sus mejores intelectuales. Entre ellos, para no hacer interminable la lista, quiero destacar los casos de Gaos y María Zambrano, quienes trajeron a América versiones de izquierda del magisterio de Ortega y Gasset. Mientras este último, en parte porque no le fue dable sobrellevar su exilio argentino, y en parte porque su pensamiento no estaba exento de rasgos de derecha, volvió en 1942 a la España franquista, donde moriría trece años después. Cada uno de ellos experimentaron Gaos y Zambrano, quienes, a pesar de diferencias políticas con el autor de *La rebelión de las masas*, nunca negaron la deuda contraída con el eminente pensador. Además, sin dejar de añorar a la España que entre 1898 y 1939 había vivido una intensa eclosión cultural y una apertura histórica, no desamaron los países a los que el destino los arrojara. Gaos se proclamó un transterrado en México y se vinculó a la vida de la nación, donde dejaría huella perdurable. María Zambrano, más peregrina, declaró sin embargo haber hallado en Cuba su patria prenatal, y estampó su impronta en la mayoría de los integrantes del grupo Orígenes. Es difícil que sin aquellas identificaciones hubieran logrado calar tan hondo en las que fueron sus tierras de adopción.

El México al que llegó Gaos había tenido el honor, gracias al gobierno de Lázaro Cárdenas, de haber apoyado fervorosamente a la República Española durante la infausta guerra que la sofocó. Antes de asistir a los cursos de Gaos, pues, el joven Zea estuvo formándose en un ambiente donde la Revolución Mexicana había vuelto a centellear, en hechos como aquel apoyo, el aliento a la cultura propia o la nacionalización del petróleo. Y no le era desconocida la rica herencia de pensamiento de que su país puede ufanarse. Véase cómo Zea ha vuelto sobre conceptos como el bovarismo denunciado por Antonio Caso: "La facultad de concebirse diferente de como se es" o, en su versión más generosa, la raza cósmica con que soñara José Vasconcelos. También Samuel

Ramos, en cuyas clases Zea se había familiarizado con Ortega, le transmitió inquietudes. Lo que quiero destacar es que cuando se encontró con Gaos, Zea tenía ya un bagaje de experiencias históricas e intelectuales que viabilizaron su rápida y fecunda asimilación de cuanto habría de enseñarle el maestro español.

Entre las lecciones que Gaos llevó a México estaban el rigor y la autenticidad que caracterizaron aquella memorable Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid, donde maduró junto a una pléyade de figuras sobresalientes, a las cuales, en cuanto a la filosofía, el propio Gaos llamó “la Escuela de Madrid”. José Luis Abellán, en el tomo 8 de su *Historia crítica del pensamiento español* (1979-1992), nos ha hablado con acierto de los integrantes de esa Escuela. Llevó también Gaos la invitación a estudiar lo que se había meditado en el país, a partir de su realidad. Además, la observación de que la filosofía es una de las encarnaciones de un pensamiento más amplio, el cual no siempre “tiene por fondo los objetos trascendentes y sistemáticos de la filosofía, sino objetos inmanentes, humanos... problemas de circunstancias” (en que se percibe el eco orteguiano), un pensamiento cuyas manifestaciones más originales no suelen asumir la forma académica del tratado, sino otras, incluso literarias: lo cual, refiriéndose a España, ya había señalado Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida* (1913). Estas lecciones las iba a asimilar y desarrollar notablemente Zea, primer pensador de la circunstancia mexicana, luego hispanoamericana, y por último del mundo que ahora llaman el Sur y que él prefiere seguir nombrando de modo desafiante *barbarie*; y cuyo instrumento por excelencia ha sido el ensayo.

No quiero despedirme de la relación entre Gaos y Zea sin dejar de transcribir una decisiva conversación entre ambos que el último ha evocado:

—¿Sobre qué piensa hacer su tesis? [me] preguntó Gaos.

— Me interesaría mucho —le dije— hacerla sobre los sofistas griegos.

—Querido Zea —me respondió Gaos—, estoy seguro que haría un buen trabajo, pero no aportaría mucho en ese campo... Se trata de hacer una tesis, y una tesis implica un aporte al tema tratado. ¿Por qué no toma un tema mexicano, alguna corriente filosófica y su influencia, por ejemplo, el liberalismo o el positivismo?

En atención a tan sabio consejo, Zea realizó una obra clásica: su estudio sobre el positivismo en México. Allí no abordó el positivismo en general (lo que a menudo quería decir tan sólo o pri-

mordialmente el europeo), sino el que se manifestó en México, elaborado por pensadores locales como ideología de una clase concreta en un instante dado.

México seguiría siendo hasta hoy una constante en el pensamiento, en la vida de Zea. Pero muy pronto había aparecido en él la preocupación por un horizonte más dilatado: el de su América. Ya en 1942 publicó su ensayo "En torno a una filosofía americana". El sesgo de este ensayo, sin embargo, no sería aún el que iba a caracterizar a sus meditaciones sobre el tema. En 1942 estaba en su apogeo el segundo capítulo de la atroz guerra mundial iniciada en 1914, que probaba de modo flagrante la crisis de la civilización occidental. No fueron pocos los que en esa ocasión creyeron llegada la hora de que América asumiera la defensa de los valores que la ensangrentada Europa estaba de nuevo haciendo trizas, e incluso ocupara el lugar de ésta. De algún modo, el Zea de treinta años comparte esa esperanza al decir en ese ensayo que el hombre americano "ahora tiene que plantar su propio árbol cultural, hacer sus propias ideas". Lo de "hacer sus propias ideas" tendría continuación en la obra de Zea. Pero tras el final de la llamada Segunda Guerra mundial, y la reconstitución del capitalismo metropolitano, no fue ya sostenible el papel hegemónico imaginado para América. Zea se hizo cargo de las nuevas realidades en una serie de obras, entre las que destacaré en primer lugar *América como conciencia* (1953), *América en la conciencia de Europa* (1955) y *América en la historia* (1957). Vale la pena llamar la atención sobre el hecho de que, a semejanza de su compatriota Alfonso Reyes, al hablar de América, por lo general Zea no se refiere a la totalidad del Hemisferio en que vivimos, sino a lo que Martí llamó *nuestra América*. El propio Martí consideraba a los Estados Unidos, al menos desde 1884, "la América europea", y en 1889, en su discurso conocido como "Madre América", estableció un contrapunto no superado entre los Estados Unidos y nosotros. Zea, a quien interesó pronto el tema de las dos Américas, escribió en el segundo de los libros citados: "Llamo Mundo Occidental u Occidente al conjunto de los pueblos que en Europa y en América, concretamente los Estados Unidos de Norteamérica, han realizado los ideales culturales y materiales de la Modernidad que se hicieron patentes a partir del siglo XVI". En *América en la historia* añadirá: "Lo cierto es que el capitalismo, esto es, el mundo occidental, basó su prosperidad en la miseria de los otros pueblos. De esa Modernidad que es el capitalismo desarrollado nuestra Améri-

ca ha sido excluida, y se encuentra entre los pueblos sobre cuya miseria se levantó la prosperidad del mundo occidental". Zea estudia el hecho con penetración sobre todo en *América en la historia*. Reparemos en su fecha de aparición: 1957. No muchas obras la habían precedido en el enfoque: pienso por ejemplo en *Capitalism and slavery* (1944), de Eric Williams, y en el violento panfleto *Discours sur le colonialisme* (1950), de Aimé Césaire. En español, el de Zea es libro pionero, lo que me llevó a utilizar su título para nombrar la lección que consagré al tema, en curso que el pasado año ofrecí sobre el pensamiento de nuestra América.

Pero muchos trepidamientos históricos ocurrirían después de la aparición de aquel libro básico, y Zea iba a hacerse cargo de ellos en nuevos trabajos. Es innecesario subrayar que en 1959 llegó al poder la Revolución Cubana, un acontecimiento que a Zea, como a tantos espíritus perspicaces, no podía dejar de recordarle la Revolución Mexicana de 1910, y aun nuestras gestas independentistas del siglo XIX. Las previsibles agresiones del imperialismo estadounidense, las calumnias arrojadas por éste y sus amanuenses contra el nuevo capítulo de la larga lucha de liberación de nuestra América en vez de obnubilarlo lo estimularon a nuevas claridades: su pensamiento, siempre vocado a ello, asumió a plenitud su carácter de pensamiento de liberación. Baste mencionar algunas de las obras en que ello se puso de manifiesto: *Dependencia y liberación en la cultura latinoamericana* (1974), *Dialéctica de la conciencia americana* (1976), *Latinoamérica Tercer Mundo* (1977). En el primero de estos libros, Zea postula: "El problema es saber a qué tipo de universalismo se arriba, a qué tipo de apertura. ¿Al universalismo y apertura propios del neocolonialismo, o al universalismo y apertura a que aspiran pueblos como los nuestros". Y más adelante:

Se habló de libertad de los mares y libertad de comercio como ahora de libertad de inversión, para afirmar el derecho de unos pueblos sobre otros. Esto es la libertad como instrumento de dominación, la libertad como justificación de quienes en su nombre afirman y afirman sus intereses, justificando en nombre de la libertad crímenes en Asia, en África y en nuestra América. El liberalismo, paradójicamente, como filosofía de la dominación.

No es sólo el destino de su amenazada América lo que lo conmueve: es el de todos los pueblos marginados y explotados. Si en un ensayo de 1961 ya había abordado "La revolución de los pue-

blos africanos”, en 1983 tuve la feliz ocasión de publicarle en la revista *Casa de las Américas*, de la que ha sido un frecuente colaborador, “Filosofía desde la marginación y la barbarie”, que ese año leyera en el simposio organizado en Cuba con motivo del bicentenario de Simón Bolívar. Un lustro después, esas páginas habían dado de sí su libro *Discurso desde la marginación y la barbarie* (1988). Bien puede decirse que, como resultado de un crecimiento orgánico, y dando prueba de una lozanía singular dada la edad del autor, se trata de una de las contribuciones más recientes a lo que el investigador chicano José David Saldívar llamó “la escuela de Calibán”, cuyos orígenes señaló en George Lamming, Césaire y el autor de estas líneas.

He querido dar una idea aunque sea somera de la labor personal de Zea. Refiriéndose a ella, Adolfo Sánchez Vázquez afirmó hace algún tiempo:

El reconocimiento de la obra de Zea en países europeos como Francia, España o la URSS revela hasta qué punto se le ve lejos de un provincianismo latinoamericano. A su vez, la amplia y profunda influencia de su obra, desde Argentina a Cuba, demuestra hasta qué grado su filosofía responde a la necesidad de que el filosofar en la América Latina deje de buscar inútilmente lo universal y eterno y se enraíce en lo concreto. Pero al enraizarse en lo concreto, y lo concreto es [...] dependencia y opresión, la filosofía contribuye a la liberación.

Esa labor de Zea es inseparable de la que ha realizado estimulando y difundiendo generosamente trabajos ajenos siempre vinculados a la línea central de nuestra América, de lo que me complace dar agradecido testimonio. Son incontables a propósito de esto las reuniones que ha organizado y las ediciones que ha hecho posible. Entre estas últimas no puedo dejar de mencionar, al menos, *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, los cien fascículos que simbólicamente se iniciaron con un texto de Bolívar y concluyeron con otro de Martí sobre él, y fueron después reunidos en dos amplios tomos de *Ideas en torno de Latinoamérica* (1986); y el volumen colectivo *América Latina en sus ideas* (1986), que compilara para la serie de la UNESCO *América Latina en su cultura*. Y si bien, además, Zea ha colaborado en cuantiosas publicaciones periódicas, tampoco puedo dejar de nombrar aquella a cuyo frente se halla desde hace una década: *Cuadernos Americanos*. Fundada durante los años de formación de Zea, con participación de grandes intelectuales mexicanos y de la Es-

pañá leal, y admirablemente dirigida hasta su muerte por Jesús Silva Herzog, la Universidad Nacional Autónoma de México y la Junta de Gobierno de *Cuadernos Americanos* decidieron en 1987 encomendarle a Zea la dirección de la nueva época de esa revista, que por otra parte había sido uno de sus principales foros desde el inicio mismo de la publicación. Con él a su frente, la revista ha seguido siendo una de las principales de nuestra área, y ha venido abordando temas de actualidad con amplitud y voracidad constantes, con la vibración que Zea pone en todo lo que hace. No en balde lo llamó “hermano”, al cumplir ochenta años el mexicano y setenta el brasileño, el extraordinario Darcy Ribeiro, cuya reciente desaparición nos ha privado de una de las criaturas privilegiadas con que contaba nuestro asendereado planeta.

Que la Universidad de La Habana conceda el doctorado *Honoris Causa* a Leopoldo Zea, universitario ejemplar, en momentos en que en un Coloquio Internacional se rinde homenaje al intachable sacerdote Félix Varela, el irreductible independentista de quien se ha dicho que nos enseñó a los cubanos a pensar, implica una lección. Es de tal magnitud lo que debemos al maestro Zea, quien tantos honores ha recibido en el mundo entero, que nunca podremos pagarle del todo. Sepa al menos que con este doctorado se pretende corresponder a la envergadura de su faena acercándolo a la memoria de quien sembró para nuestra patria chica, en permanente lucha por la emancipación y la justicia, frutos que siguen alimentándonos y esperanzándonos.